

Discurso Público

Nº 12

Enero 2021

RONALD REAGAN

Discurso Inauguración
Primer Mandato Presidencial

20 de Enero de 1981

INTRODUCCIÓN

Discurso Inaugural, 20 De Enero De 1981¹

El discurso pronunciado por Ronald Reagan en su primera inauguración en 1981 es un fiel reflejo de sus ideas: libertad, rol limitado del Estado y confianza en el futuro. Este discurso permite resumir adecuadamente lo que serán los ocho años de la Administración Reagan.

Reagan, proveniente del mundo del cine y el espectáculo, entendía muy bien que para transmitir el mensaje no solo se requerían buenas frases, sino que también era necesario proyectar en imágenes lo que se buscaba decir al auditorio. Al igual que en su inauguración como Gobernador de California en 1967, la ceremonia contó con una particularidad incorporada por Reagan: fue la primera inauguración de un Presidente de Estados Unidos en el ala oeste del Capitolio. Esto permitió que la vista panorámica que utilizó como fondo fuera la de los monumentos más importantes de Washington D.C., a los cuales hizo referencia en el discurso para resaltar la continuidad de las ideas de la futura Administración Reagan con las ideas de los Padres Fundadores y del gran Abraham Lincoln.

En primer lugar, hace referencia a la democracia en Estados Unidos y la importancia de ella en la historia de la nación. Sin embargo, fiel a su personalidad y actuar político, Reagan de inmediato hace hincapié en aquel problema que más afligía a los ciudadanos y que, como hemos visto, lo llevó a la Casa Blanca: la crisis económica. En este punto, expone de forma sencilla y brevísima la opinión de los conservadores en materia fiscal y social sobre el rol del Estado en la crisis: “el gobierno no es la solución; el gobierno es el problema”, para continuar recordando a la nación, en otra fórmula de igual sencillez, que “los problemas actuales vayan de la mano y sean proporcionales a la intervención e intrusión en nuestras vidas del innecesario y excesivo crecimiento del Estado”.

Después de exponer el origen y alcance de la crisis, Reagan resalta las virtudes que hacen de Estados Unidos una nación excepcional, y acto seguido expone su visión de cómo superar la adversidad, delineando como eje articulador de la solución el ejercicio de la libertad. En este contexto, el Presidente Reagan envuelve su mensaje con su característico optimismo, proyectándolo a la Nación toda y hacia el futuro.



¹ Texto publicado originalmente en Alvaro Iriarte, Ronald Reagan. Ideas y acción política. (Santiago de Chile, Instituto Res Publica, 2019).

Palabras de Ronald Reagan

Senador Hatfield, Señor Presidente de la Corte Suprema, Vicepresidente Bush, Vicepresidente Mondale, Senador Baker, Señor O'Neill, Presidente de la Cámara de Representantes, Reverendo Moomaw, conciudadanos:

Para algunos de los que estamos aquí hoy reunidos, esta es una ocasión solemne y memorable y, sin embargo, es un hecho corriente en la historia de nuestra nación. El traspaso ordenado del mando, tal como lo establece la Constitución, es un acto rutinario. Lo ha sido por casi dos siglos, y somos pocos los que nos detenemos a pensar cuán únicos somos en realidad. A los ojos de muchos en el mundo, esta ceremonia que repetimos cada cuatro años y que consideramos como algo normal no deja de ser un milagro.

Señor Presidente, quiero que nuestros conciudadanos sepan lo mucho que usted ha hecho por mantener esta tradición. Su desinteresada colaboración en el proceso de transición le ha demostrado a un mundo expectante que somos un pueblo unido y comprometido con mantener un sistema político que garantiza las libertades individuales mejor que cualquier otro. Agradezco a usted y a su gente por toda la ayuda prestada para preservar la continuidad, que es el baluarte de nuestra República. La marcha de nuestra nación no se detiene. Actualmente Estados Unidos enfrenta una crisis económica de grandes proporciones. Estamos sufriendo la más larga y una de las peores inflaciones sostenidas de nuestra historia. Ella distorsiona nuestras decisiones económicas, castiga el ahorro y aplasta a esforzados jóvenes y jubilados por igual y amenaza con arruinar las vidas de millones de nuestra gente.

Las industrias que se han cerrado han traído desempleo, miseria humana y pérdida de la dignidad personal. A quienes sí tienen trabajo, se les niega una retribución justa por su esfuerzo por culpa de un sistema de impuestos que castiga el éxito y nos aleja de la plena productividad. Pero, aun cuando nuestra carga impositiva es grande, el gasto público le gana de lejos. Durante décadas hemos acumulado déficit sobre déficit, hipotecando nuestro futuro y el de nuestros hijos a cambio de la conveniencia momentánea del presente. Continuar con esta larga tendencia es garantizar descalabros sociales, culturales, políticos y económicos.

Ustedes y yo, como individuos, si pedimos prestado, podemos vivir más allá de nuestros medios, pero solo por un tiempo limitado. ¿Por qué, entonces, deberíamos pensar que colectivamente,

como nación, no estamos sujetos a la misma limitación? Debemos actuar hoy para preservar el mañana. Y que no haya malentendidos: vamos a comenzar a actuar, a partir de hoy.

Los males económicos que nos aquejan han estado con nosotros durante varias décadas. No desaparecerán en días, semanas o meses, pero sí desaparecerán. Lo harán porque nosotros, como americanos, tenemos hoy la capacidad de hacer lo que sea necesario, como lo hemos hecho en el pasado, para preservar este último y más grande bastión de la libertad.

En esta crisis actual, el gobierno no es la solución; el gobierno es el problema. Cada cierto tiempo, hemos caído en la tentación de creer que la sociedad se ha vuelto demasiado compleja como para instaurar el autogobierno, que el gobierno de una élite es superior al gobierno de, para, y por el pueblo.



Pero si ninguno de nosotros es capaz de gobernarse a sí mismo, ¿quién de nosotros tiene la capacidad de gobernar a otro? Todos nosotros unidos, dentro y fuera del gobierno, tenemos que llevar la carga. Las soluciones deben ser equitativas, sin que un solo grupo sea elegido para pagar un precio más alto.

Oímos mucho sobre grupos de interés. Debemos preocuparnos en especial por un grupo de interés que ha sido descuidado durante demasiado tiempo. No sabe de fronteras seccionales ni de divisiones étnicas ni raciales, y sus miembros se encuentran en todos los partidos políticos. Está formado por los hombres y mujeres que cultivan nuestra comida, patrullan nuestras calles, operan nuestras minas y fábricas, educan a nuestros hijos, cuidan nuestros hogares y nos curan cuando estamos enfermos: profesionales, industriales, comerciantes, empleados de oficina, taxistas y camioneros. Ellos son, en pocas palabras, "Nosotros, el pueblo", esa raza de personas que llamamos americanos.

El objetivo de este gobierno es una economía sana, vigorosa y creciente que ofrezca igualdad de oportunidades a todos los estadounidenses, sin barreras surgidas de la intolerancia y la discriminación. Que Estados Unidos vuelva a trabajar significa que todos los estadounidenses vuelvan a trabajar. Acabar con la inflación significa liberar a todos los estadounidenses del terror de un costo de la vida descontrolado. Todos debemos ser parte del trabajo productivo de este "nuevo comienzo" y todos debemos compartir la recompensa de una economía recuperada. Con el idealismo y juego limpio que son el núcleo de nuestro sistema y nuestra fortaleza, podemos hacer de Estados Unidos una nación fuerte y próspera, en paz consigo misma y con el mundo.

Entonces, ahora que estamos comenzando, hagamos un inventario. Somos una nación que tiene un gobierno, no al revés. Esto nos hace especiales entre las naciones de la tierra. Nuestro gobierno no tiene poder, excepto el que le otorga el pueblo. Es hora de revisar y revertir el crecimiento del gobierno, el cual parece haber crecido más allá del consentimiento de los gobernados.

Es mi intención restringir el tamaño e influencia del aparato Federal y exigir el reconocimiento de la distinción entre los poderes otorgados al Gobierno Federal y aquellos reservados a los Estados o a las personas. Debemos recordar que el Gobierno Federal no creó a los Estados; fueron los Estados los que crearon el gobierno federal.

No me malentiendan, mi intención no es eliminar el gobierno sino hacer que funcione, que funcione con nosotros, no por

sobre nosotros; que nos acompañe, no que carguemos su peso en nuestras espaldas. El Gobierno puede y debe ofrecer oportunidades, no asfixiarlas; fomentar la productividad, no sofocarla.

Si buscamos la respuesta a por qué durante tantos años hemos logrado tanto y hemos prosperado como ningún otro pueblo sobre la Tierra, es porque aquí, en este suelo, dimos rienda suelta a la energía y el genio individual del hombre como nunca antes se había hecho. La libertad y la dignidad del individuo han sido más asequibles y garantizadas aquí que en cualquier otro lugar de la Tierra. El precio de esta libertad ha sido a veces alto, pero nunca nos hemos negado a pagarlo. No es casualidad que nuestros problemas actuales vayan de la mano y sean proporcionales a la intervención e intrusión en nuestras vidas del innecesario y excesivo crecimiento del estado. Es hora de que nos demos cuenta de que somos una nación demasiado grande para contentarnos con sueños pequeños. No estamos, como algunos quieren hacernos creer, condenados a una decadencia inevitable. No creo en un destino escrito, ajeno a nuestras acciones. Creo que la fatalidad caerá sobre nosotros si nos quedamos de brazos cruzados. Así, con toda la energía creativa a nuestra disposición, comencemos una era de renovación nacional. Renovemos nuestra determinación, nuestro coraje y nuestra fuerza. Y renovemos nuestra fe y nuestra esperanza.

Tenemos pleno derecho a tener sueños heroicos. Quienes dicen que en estos tiempos no existen los héroes, no saben dónde buscar. A unos se los puede ver a diario entrando y saliendo de las fábricas. Otros, unos cuantos, producen suficiente comida para alimentarnos a todos nosotros y al mundo más allá de nuestras fronteras. Los héroes están del otro lado del mesón, y a ambos lados del mesón. Hay empresarios que tienen fe en sí mismos y fe en una idea, que crean nuevos empleos, nuevas riquezas y oportunidades. Son individuos y familias cuyos impuestos son el soporte del gobierno y cuyas donaciones son una contribución a la iglesia, las obras de caridad, la cultura, las artes y la educación. Su patriotismo es silencioso, pero profundo. Sus valores sustentan nuestra vida nacional.

He usado las palabras "ellos" y "sus" al hablar de estos héroes. Podría decir "ustedes" y "sus" porque les estoy hablando a esos héroes, a ustedes, los ciudadanos de esta bendita tierra. Sus sueños, sus esperanzas, sus metas serán los sueños, las esperanzas y las metas de este gobierno, y que Dios me ayude. Seremos reflejo de la compasión que es parte importante de ustedes. ¿Cómo podemos amar nuestro país y no amar a nuestros compatriotas, y en virtud de ese amor ofrecerles la mano cuando caen, sanarlos cuando enferman y darles la



oportunidad de ser autosuficientes para que sean iguales en los hechos y no solo en teoría? ¿Podemos resolver los problemas que enfrentamos? La respuesta es un inequívoco y enfático “sí”. Parafraseando a Winston Churchill, no presté el juramento que acabo de tomar con la intención de presidir la disolución de la economía más poderosa del mundo.

En los próximos días propondré eliminar las trabas que han ralentizado nuestra economía y reducido la productividad. Tomaremos medidas para restablecer el equilibrio entre los distintos niveles de gobierno. El progreso puede ser lento, medido en pulgadas y pies, no millas, pero vamos a avanzar. Es hora de volver a despertar a este gigante industrial, de volver a hacer que el gobierno se ajuste al presupuesto, y de aligerar nuestra carga impositiva. Estas serán nuestras primeras prioridades, y en estos principios no cederemos.

En la víspera de nuestra lucha por la independencia, un hombre que podría haber estado entre los más grandes de nuestros Padres

Fundadores, el Dr. Joseph Warren, presidente del Congreso de Massachusetts, dijo a sus compatriotas estadounidenses: “Nuestro país está en peligro, pero no hay que perder las esperanzas ... De ustedes depende la suerte de América. Ustedes decidirán las cuestiones importantes sobre las que se asienta la felicidad de millones que aún no han nacido. Que sus acciones sean dignas de ustedes”.

Creo que nosotros, los americanos de hoy, estamos listos para actuar conforme a nuestra dignidad, preparados para hacer lo que sea para garantizar la felicidad y la libertad para nosotros, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Y a medida que nos renovemos aquí en nuestro propio suelo, el mundo nos verá como poseedores de mayor fuerza. Nuevamente seremos ejemplo de libertad y un faro de esperanza para quienes carecen de ella. Fortaleceremos los lazos históricos y aseguraremos nuestro apoyo y firme compromiso a nuestros vecinos y aliados que comparten nuestra libertad. Pagaremos lealtad con lealtad. Nos esforzaremos para que nuestras relaciones sean de mutuo beneficio. No utilizaremos nuestra amistad para hacer imposiciones sobre su soberanía, ya que nuestra propia soberanía no está a la venta. Respecto a los enemigos de la libertad, que son adversarios potenciales, les recordaremos que la paz es la máxima aspiración del pueblo estadounidense. Negociaremos por ella, nos sacrificaremos por ella, pero no nos rendiremos por ella, ni ahora ni nunca.

Nuestra paciencia no debe ser entendida erróneamente. Nuestra renuencia al conflicto no debe ser malinterpretada como falta de voluntad. Cuando se requiera la acción para preservar nuestra seguridad nacional, actuaremos. Mantendremos una fuerza suficiente para imponernos de ser necesario, sabiendo que esta es nuestra mejor opción para nunca tener que usar dicha fuerza.

Sobre todo, debemos estar conscientes de que ningún arsenal ni arma en los arsenales del mundo es tan formidable como la voluntad y el coraje moral de los hombres y mujeres libres. Es un arma de la cual carecen nuestros adversarios en el mundo de hoy. Es un arma que nosotros, como estadounidenses, poseemos. Que quede claro para quienes practican el terrorismo y se aprovechan de sus vecinos.

Me han dicho que en este día decenas de miles de personas se han reunido en oración, por ello les estoy profundamente agradecido. Somos una nación temerosa de Dios, y creo que Dios quiso que fuéramos libres. Creo que sería apropiado y bueno que en el futuro el Día de Investidura sea declarado día de oración.

Por primera vez en nuestra historia esta ceremonia se lleva a cabo, como saben, en la fachada oeste del Capitolio. Desde aquí la vista es magnífica y se abre a la belleza e historia especial de esta ciudad. Al final de esta explanada están los altares a los gigantes sobre cuyos hombros descansamos.

Justo enfrente, se yergue el monumento a un hombre formidable, George Washington, padre de nuestra nación. Un hombre humilde que alcanzó la grandeza a regañadientes. Él condujo a Estados Unidos desde la victoria revolucionaria a ser nación naciente. Hacia un costado, está el majestuoso memorial a Thomas Jefferson. La Declaración de Independencia brilla con su elocuencia. Y luego, más allá del Estanque Reflectante, las majestuosas columnas del Monumento a Lincoln. Quien quiera entender en su corazón el significado de Estados Unidos, lo encontrará en la vida de Abraham Lincoln.

Más allá de esos monumentos al heroísmo está el río Potomac, y en la orilla más lejana, las colinas onduladas del Cementerio Nacional de Arlington, con sus filas y filas de lápidas blancas con cruces o estrellas de David, que no son sino una pequeña fracción del precio que hemos tenido que pagar por nuestra libertad.

Cada uno de estos hitos es un monumento a aquellos héroes que mencioné. Sus vidas terminaron en lugares como Belleau Wood, Argonne, la playa de Omaha, Salerno y a otro lado del mundo en Guadalcanal, Tarawa, Pork Chop Hill, la reserva Chosin y en un centenar de arrozales y junglas de un lugar llamado Vietnam.

Bajo una de estas lápidas descansa un joven, Martin Treptow, que dejó su trabajo en una peluquería de un pequeño pueblo en 1917 para ir a Francia con la famosa División Arcoíris. Allí, en el frente occidental, murió bajo el fuego de artillería pesada cuando trataba de llevar un mensaje entre batallones.

Cuenta la historia que en su cuerpo se encontró un diario. En la primera página bajo el título "Mi promesa", escribió estas palabras: "Estados Unidos debe ganar esta guerra. Por lo tanto, trabajaré, ahorraré, me sacrificaré, soportaré, lucharé resueltamente y me esforzaré al máximo como si el resultado de la lucha dependiera solo de mí".

La crisis que hoy enfrentamos no nos exige el tipo de sacrificio que Martin Treptow y tantos miles de otros fueron llamados a realizar. Sin embargo, requiere de nuestro mejor esfuerzo y de nuestra voluntad para creer en nosotros mismos y en nuestra capacidad para realizar grandes obras y creer que juntos con la ayuda de Dios podremos resolver y resolveremos los problemas que hoy nos agobian.

Después de todo, ¿por qué no deberíamos creerlo? Somos americanos.

Gracias y que Dios los bendiga.

Nota

El Presidente se dirigió a la nación a las 12 del mediodía desde una plataforma erigida en la fachada occidental del Capitolio. Justo antes del discurso el presidente de la Corte Suprema, Warren E. Burger, tomó el juramento.

En las menciones de apertura, el Presidente nombró al Reverendo Donn D. Moomaw, Pastor de la Iglesia Presbiteriana de Bel Air, Los Ángeles, California.

El discurso fue transmitido en vivo por radio y televisión.